

solo por haber aprobado esta religiosa constancia; y el Papa Cayo, á quien se tiene por hermano de Gabinio, contribuyó no poco para alentar el valor del padre y de la hija; si bien no fué preso, y vivió un año mas, á saber, hasta el día 22 de abril del año 296.

Dias.

- turnina, en Mérida (Florez, t. 13, tr. 41, c. 12, pág. 303).
2. San Simplicio y San Ambrosio (Ib. t. 28, tr. 64, c. 6, pág. 231).—San Felix, diácono de Sevilla (Ib. t. 9, tr. 29, c. 11, pág. 342).
 7. Santos Evaldo y Sixto, en Gerona.
 21. San Segundo, en Córdoba.
 22. Santa Quiteria, virgen; unos pretenden que padeció martirio en Vizcaya; otros, en tierra de Toledo: ello es que de ella se reza en este arzobispado.
 29. San Gencio.
 31. San Gaulieno, y 29 compañeros, en Gerona.

JUNIO.

3. SS. Septimio, Saturnino, Amasio, Orasio y Luciano. (V. Florez, t. 13, tr. 41, cap. 12, pág. 304).
8. SS. Germano, Paulino, Justo y Seicio.
10. SS. Crispulo y Restituto. El sábio Florez admite solo por mártir español al primero con el nombre de *Crispulo*, t. 12, tr. 36, cap. 4, desde la pág. 75.
18. SS. Ciriaco y Paula, en Málaga. (V. Florez, c. 12, tr. 39, desde la pág. 350.)
27. San Zoilo ó Zoil y 19 compañeros, en Córdoba. (V. Florez, t. 10, tr. 33, c. 9, pág. 311 y sig.) Los PP. antuerpienses espresan en los Santos de Córdoba veinte nombres, ademas de S. Zoil; esto es, Crescente, Julian, Nemesio, Fratria, Primitivo, Justino, Esthateo, Novaciano, Clemente, Marcelino, Zeddino, Felix, Venusto, Marcelo, Italico, Lello, Capiton, Tinno, Timarcó ó Tusco, y Silvano.

JULIO.

18. Santa Marina, virgen, en Orense, de la que ya hemos hablado en una de las notas anteriores.
24. SS. Victor, Estertacio y Antigónes, en Mérida. Florez no admite estos mártires emeritenses, t. 13, tr. 41, c. 12, pag. 306.
25. San Cucufate, en Barcelona. (Florez, t. 29, tr. 65, c. 8, desde la pag. 322).—Santas Juliana y Sempronia, V. y M., tambien en Barcelona. (V. Florez, t. 29, tr. 65, c. 8, pag. 331).

AGOSTO.

1. San Felix, natural de África, en Gerona. (Florez, t. 29, tr. 65, c. 8, pag. 299).
4. Santas Centola y Helena, V. y M., en Búrgos. (Florez, t. 27, pag. 714).
6. Los Santos Justo y Pastor, en Alcalá de Henares. Ya hemos hablado de ellos en la presente nota (V. Florez, t. 7, tr. 13, c. 3, pág. 168.)

Dos meses despues le sucedió Marcelino en el pontificado, y gobernó ocho años la Iglesia. Se han contado mil fábulas absurdas de este Papa, las que se destruyen por sí mismas á causa de los anaerismos é

Dias.

21. SS. Julio ó Vicente y Julia. (Florez, t. 12, tr. 40, c. 4, pág. 423).—SS. Bonoso y Maximiano, en Arjona. El P. M. Florez los escluye de España, t. 12, pág. 430.
22. SS. Fabriciano y Filiberto.
25. San Maximino ó Magi, en Tarragona, de quien ya he hemos hablado.
26. San Victor, en la Cantabria; tradicion de esta provincia.

SETIEMBRE.

1. SS. Vicente y Leto.
3. San Sandalio: tradicion de la iglesia de Córdoba.
16. Santa Eufemia.—San Fermin, obispo de Amiens y natural de Pamplona. La iglesia de Pamplona le venera como primer obispo suyo; esto no obstante, algunos autores se empeñan en sostener que las Actas mas puras no lo espresan; el P. Moret en sus investigaciones sostiene que sí.

OCTUBRE.

1. San Verisimo y sus hermanas Máxima y Julia, en Lisboa. (Florez, t. 14, tr. 49, c. 4, pág. 198).
6. Santas Fides y Sabina. Sin embargo, Florez escluye de Mérida estas mártires, t. 13, tr. 41, c. 12, pág. 307.
8. San Pedro, en Sevilla (Florez, t. 9, tr. 29, c. 11, pág. 336).
13. SS. Fausto, Genaro, Marcial y compañeros, en Córdoba (Florez t. 10, tr. 33, c. 9, pág. 228).
23. SS. Servando y Germano, en Cádiz (Florez t. 13, tr. 41, c. 12, pág. 308).
27. SS. Vicente, Sabina y Cristeta, en Ávila (Florez, t. 14, tr. 42, c. 4, pág. 28).
29. Santos Claudio, Lupercio y Victorico, en Leon (V. el continuador del P. Florez, t. 34, tr. 70, c. 17, pág. 353).

NOVIEMBRE.

3. Los innumerables mártires de Zaragoza. Nuestro célebre poeta Prudencio llamó á esta ciudad la *patria de los mártires*, pues no hubo persecucion que no descargase sobre ella con el mayor furor (V. el continuador del P. Florez, tom. 30, pág. 275).
4. Los mártires de Agreda.
6. San Severo, obispo de Barcelona.
17. Santos Acisclo y Victoria, en Córdoba: de ellos hemos hablado ya en esta misma nota.—San Crispin, obispo de Écija (V. Florez, tom. 10, trat. 32, cap. 3, pág. 83).
21. Santos Honorio, Eutiquio y Esteban. El P. Florez (t. 10, trat. 31, capítulo último, pág. 65) los escluye de España.
23. Santa Lucrecia, virgen, en Mérida. (P. Florez, t. 13, pág. 307).

inverosimilitudes de que están llenas. Y en verdad ¿qué sana critica podrá permitir que se haga comparecer á este Pontífice ante un concilio celebrado en Sinusa, y compuesto de trescientos obispos, á pedir perdón de sus pretendidas idolatrias? ¿Cómo hubieran podido reunirse tantos prelados, cuando estaba en su vigor la mas violenta de todas las persecuciones, siendo asi que en el tiempo mas apacible de la Iglesia rara vez pudieron juntarse un número tan crecido? Eusebio, de quien no puede sospecharse omitiera un hecho tan considerable, no hace siquiera mencion de él; y la historia de Teodoreto nos da otra nueva y mayor prueba de lo que venimos diciendo; pues habla espresamente de Marcelino y de la persecucion en que se supone idolatró, y afirma por el contrario que el Papa se señaló en ella por una constancia y un valor envidiables.

Contra el donatista Petiliano y los sectarios de su tiempo sostuvo formalmente San Agustin la falsedad de esta acusacion: pues respecto á los primeros donatistas, nunca echaron en rostro á la Iglesia este pecado de su Cabeza, siendo asi que para sostener su mala causa ponian el mayor cuidado

Dias.

DICIEMBRE.

9. Santa Leocadia, virgen, en Toledo. De ella hemos hablado mas arriba.
 10. Santas Eulalia y Julia, virgenes, en Mérida. Tambien hemos tratado de estas Santas.
 11. San Eutiquio.
 12. S. Donato, Hornógenes y compañeros, en Mérida. (Léase el P. Florez, t. 13, tr. 41, c. 7, pág. 120.)
 31. Santa Columba ó Coloma, virgen y martir, en Calahorra (Véase el continuador de Florez, t. 33, tr. 69, c. 19, pág. 362).
- Estos son los mártires de que hay noticia hayan conseguido la corona del martirio en la persecucion de Diocleciano, siendo de advertir que cuando se refiere que padecieron muchos Santos juntos, es de presumir fuese porque los conducirían de diversas partes de aquel territorio á la ciudad principal, donde los gobernadores y jueces conocian de sus causas, mas no porque todos los que padecieron en una ciudad fuesen naturales ó vecinos de ella. (V. del E.)

en notar los defectos de los prelados católicos, y principalmente de los Pontífices. Esta reflexion es de las mas concluyentes; pero dejando á parte el origen de esta imputacion falsa, ello es que todos los historiadores, asi hereges como ortodoxos, convienen en que el Papa Marcelino finó santamente su vida. Despues de su muerte, que se cree fué el martirio, estuvo vacante la Santa Sede por espacio de mas de tres años y medio; tan peligroso era subir á ella á causa de la implacable crueldad de los tiranos.

Muy feliz habia sido el reinado de Diocleciano antes que se declarase contra la Iglesia; emperó desde que principió á perseguirla, todo parece conspiró á humillar aquel espíritu soberbio; hirióle el cielo en todo lo que podia serle mas sensible. Alteróse su salud de una manera que le hizo perder toda su autoridad; la razon le abandonó casi enteramente, no quedándole mas que la necesaria para conocer lo horroroso de su triste situacion; y el público, no solo abrió los ojos para conocer todas sus faltas naturales, sino que esplicó libremente lo que pensaba respecto de ellas. Estando en Roma aquel viejo sórdido y aborrecible, el pueblo le echó en rostro su avaricia en medio del circo y de una modó tan chocante, que enfurecido vivamente el príncipe, sin reparar en lo frio de la estacion, se puño al punto en camino para regresar á Nicomedia, donde acostumbraba residir. Acometióle allí una hipocondría que le iba poco á poco consumiéndose; abandonóse enteramente al humor atrabiliario que le devoraba, tomó el partido de no dejarse ver, y corrió la voz de que habia muerto.

Con motivo de estos rumores trasladóse apresuradamente Galerio desde Antioquia á Nicomedia, y al ver á Diocleciano tan abatido le dijo claramente que era preciso abandonase el imperio. Asombró la proposicion al orgulloso viejo; pero Galerio ame-

nazó, y Diocleciano tuvo por fuerza que rendirse á su voluntad. Obligóse tambien á Maximiano Hercúleo á hacer igual abdicacion, y los dos Césares, Galerio y Constancio, fueron creados augustos el mismo dia, que era el 1.º de mayo del año 305. Nombráronse al propio tiempo dos nuevos Césares, y hasta en esto se echó de ver el ningun caso que se hacia de Diocleciano, pues queriendo este que se nombrase á Majencio y Constantino, hijos de Maximiano y de Constancio, hizo Galerio que se confriesen estas dignidades á Severo, desacreditado por sus embriagueces y desórdenes, pero muy querido suyo, y á su sobrino Maximiano, que se llamaba antes Daza ó Daia, y hacia muy poco que estaba guardando ovejas. En vano representó Diocleciano la incapacidad de estos dos sugetos, pues aunque Galerio lo sabia, las intenciones que llevaba asi respecto del Estado como de la religion no podian verificarse con otros compañeros menos despreciables, y queria poner en el gobierno tales sugetos que con el tiempo viniese á parar en él la suprema autoridad asi sobre los Augustos como sobre los Césares. Segun este plan, un dacio llamado Licinio, aventurero y de bajo nacimiento, pero muy amigo suyo, y Severo, habian de ser los dos Augustos; su hijo Candidiano, que apenas tenia nueve años, y Maximiano, los dos césares; y los cuatro juntos los baluartes de su soberanía, á cuyo abrigo queria el tirano pasar soberbia y tranquilamente su senectud. Apesar de esto temia que Constantino, hijo de Constancio Cloro, jóven de esperanzas, llegase al elevado puesto á que por tantos títulos era acreedor.

Por desgracia este jóven y digno príncipe se hallaba á disposicion del tirano en medio de la corte de Diocleciano, donde habia recibido su educacion; pero en vida de Constancio Cloro no se atrevia Galerio á cometer una violencia clara con el hijo de

este prudente y valeroso Augusto: contentóse por entonces con darle repetidas comisiones peligrosas, que el jóven héroe admitió sin replicar. Cloro, informado de los continuos peligros á que se veia espuesto su hijo, no cesaba de reclamarle uno y otro dia á Galerio por medio de las cartas mas apremiantes, hasta que por último consintió este aparentemente, y aun dió su permiso en debida forma para efectuar el viage, persuadiéndose que como ya era tarde no se pondria el príncipe en camino hasta el dia siguiente. Pero presentándose juntos en la imaginacion de Constantino todos los atentados que el tirano podia cometer en una sola noche, luego que supo haberse acostado éste, partió con la mayor presteza, y tuvo la precaucion de mandar matar los caballos de posta que le habian servido, y que servian luego para relevo, con el objeto de que no pudiesen servirse de ellos para perseguirle. Se realizaron efectivamente sus sospechas muy pronto, pues al otro dia mandó Galerio salir diversas gentes en su seguimiento; pero Constantino, gracias á su ingeniosa prevision, llegó felizmente á presencia de su padre, el cual estaba muy próximo á morir, y mostró morir contento en los brazos de un hijo que era el digno objeto de su cariño y de grandes esperanzas para el imperio.

El ejército proclamó por emperador á Constantino, en Yorck de Inglaterra, inmediatamente despues de la muerte de Constancio en 25 de julio del año 306; pero él no quiso por entonces tomar otro título que el de César, esperando que Maximiano-Hercúleo, que habia vuelto á gobernar el imperio, le confriese el de Augusto; y en efecto, se lo confirió el dia 1.º de marzo del siguiente año 307, dándole á Fausta, su hija, por esposa. Asi se iba poco á poco acercando el dia del Señor, en que habian de cumplirse enteramente los decretos del

Altísimo, tanto respecto del imperio como de la Iglesia.

Mientras la persecucion fué particular no fueron generales los castigos del cielo, viniendo estos á proporcion de la mayor ó menor violencia de la impiedad; empero pasada la mas furiosa de todas las persecuciones, consumacion y complemento de todas las anteriores, el brazo de Dios descargó mas terrible y abiertamente que nunca sobre el imperio y sobre los emperadores. A mas de los estragos de la epidemia y de los mas horrorosos huracanes y horribles terremotos, los pueblos bárbaros que antes se contentaban con hacer algunas correrías en las provincias lejanas, movidos despues de cierto espíritu superior á su conocimiento, y perdiendo el miedo y veneracion que siempre habian tenido al nombre romano, se echaron de repente sobre su pais, y lo devastaron de tal modo, que muchos siglos despues no se veia, aún en el centro del Imperio, mas que alguna que otra cabaña en los lugares en donde antes existian las ciudades mas pobladas; y por último, las sediciones y las guerras civiles acabaron de talar lo que el furor de los bárbaros habia perdonado.

El último año de la sacrilega tiranía, hubo una sequia la mas desastrosa y que fué la precursora de la esterilidad y del hambre, y esta fué tan grande que un número considerable de personas, despues de haber vendido una por una todas sus posesiones, llegaron por último á vender hasta sus propios hijos, solo por tener con que alargar su vida y su infortunio. Eexceptuando algunas familias de la mayor riqueza, en todas las restantes, padres é hijos, amos y criados, todos estaban tan flacos y macilentos que mas parecian espectros movibles que hombres vivientes. A cada paso se les veia caer muertos de necesidad en las calles y las plazas públicas, y allí se

quedaban los cadáveres sin sepultar. Esto fué causa de que se encendiese un contagio que parecia cebarse con mas furor en aquellos cuyas riquezas les ponian á cubierto de los horrores del hambre; pero sobre todo hubo una enfermedad singular que atacando en especial la vista privó de uno ó de los dos ojos á una multitud de personas, hombres, mugeres y niños; como en venganza del gran número de confesores de todas edades y sexos á quienes los tiranos hicieron sacar los ojos.

Por otra parte, ninguno de estos tiranos dejó de experimentar sobre su propia cabeza los efectos de la venganza divina (1). Diocleciano, aunque no perdió la existencia violentamente, tuvo una vejez tan triste y despreciable que le fué mas amarga y menos llevadera que la misma muerte. Agitado de perpétuas inquietudes andaba continuamente de una parte á otra casi sin tomar alimento, ni disfrutar de una hora de sueño descansado; y como sus pesares reales ó imaginarios le ocupaban enteramente, muchas veces se le vió que, olvidando el miramiento debido á su carácter, lloraba como pudiera hacerlo una muger ó un niño. Luego que supo los progresos de Constantino y los primeros triunfos del cristianismo, se abandonó á la mayor desesperacion: su locura le cegó hasta el punto de darse golpes á sí mismo; otras veces se revolcaba por el suelo y daba horrosos alaridos; y por último, tomó el partido de dejarse morir de hambre.

Maximiano-Hercúleo, antes de perecer, se deshonoró para siempre con sus ligerezas y sus crímenes. Dejó dos veces la púrpura, pero volvió á tomarla primeramente á ruegos de su hijo Majencio, que de un modo tiránico se habia hecho reconocer por Augusto en Roma; pero no tardó en querer

(1) *Lact. de mort. Persecutor.*

despojar de ella á este mismo hijo. Ambos sirvieron antes de esto para humillar la arrogancia de Galerio, en la persona de Severo, hechura suya, que habia recibido de él el título de Augusto, y tuvo el atrevimiento de ir derecho á Roma al frente de un ejército: mas sus tropas le dejaron abandonado y abrazaron el partido del artificioso Maximiano. Viéndose perdido el agresor huyó á Rávena con la poca gente que le quedó; hasta que advirtiendo que esta misma gente se disponia á entregarlo en manos de su enemigo, prefirió entregarse por sí mismo, y esta cobardía no le sirvió de otra cosa que de libertarle de otra especie de muerte mas penosa, pues á pocos dias le mandaron abrir las venas. Galerio, abrasado del deseo de venganza, y furioso por el castigo de Severo, pasó á Italia adelantándose hácia Roma con un ejército formidable, con ánimo nada menos que de acabar con el Senado y esterminar el pueblo. Pero algunas de sus legiones se pasaron al enemigo, y temeroso Galerio de que otras siguiesen aquel ejemplo, se retiró con rabia y despecho en el corazon, y Maximiano quedó pacífico poseedor de la suprema autoridad, juntamente con su hijo Majencio.

Mas cuando vió que las voluntades de los súbditos se inclinaban á este con preferencia, el soberbio viejo entró en celos, y mandó reunir el pueblo y las tropas, bajo el pretexto de poner remedio á los males del Estado. Empezó efectivamente á hacer patentes en una meditada arenga los males que afligian al imperio; y cuando creyó que los ánimos estaban ya conmovidos, *aquí teneis*, dijo, señalando á su hijo Majencio, *el autor de todas estas desgracias*; y al mismo tiempo le arrancó la púrpura con violencia. Entonces Majencio dejó el puesto que tenia en el tribunal; mas los soldados, cuyos desórdenes fomentaba, lo pusieron en medio de ellos, y empezaron á gritar y amenazar de tal

modo que atemorizado Maximiano creyó que para salvar su vida no habia mejor medio que el de una pronta fuga. Huyó, pues, y anduvo errante desde la Italia á las Galias, desde allí á Panonia, y desde Panonia tornó á las Galias. Dejó la púrpura por segunda vez, y volvióla á vestir de allí á poco, sublevándose contra su yerno Constantino, á quien con artificiosos protestos habia persuadido á que se ausentase: apoderóse de los tesoros de este príncipe, é intentó seducir á sus tropas; pero le salió mal esta tentativa, y aun cayó en manos de su generoso yerno, el cual despues de afearle sus atentados, se contentó con quitarle la púrpura y con ella la facilidad de repetirlos. Mas Hercúleo, que estaba connaturalizado con el crimen, no podia perder sino con la vida la costumbre de cometerlo; y así, aun despues de tantas señales de clemencia de parte de Constantino, intentó matarle en su propia cama, y hacer cómplice del parricidio á Fausta su hija, muger de aquel emperador. Pero la emperatriz avisó á su esposo, y este, con el objeto de vencerse por sí mismo y quitar toda especie de disculpa al agresor cogiéndole *in fraganti*, se ocultó y mandó acostar en su cama á un eunuco. Con efecto, Maximiano vino aquella noche y dió de puñaladas al pobre eunuco. Constantino que estaba oculto donde podia ver todo cuanto se hacia, salió entonces cercado de sus guardas, mandó atar al criminal, y por fin le dió á elegir la muerte que quisiese: Maximiano escogió bajamente la soga, especie de suplicio tenido por vil entre los romanos, y se ahorcó él mismo.

A Galerio se le hizo una llaga vergonzosa é incurable, á los diez y ocho años de su reinado, contándose desde que fué creado César: le aplicaron el hierro para cortarla, y perdió tanta sangre que estuvo á punto de morir. Por último, se detuvo

la hemorragia, mas en su lugar le resultó una gangrena tan mala, que todas las asentaderas se le cayeron por sí en fuerza de la putrefaccion. Quanto mas remedios le ponian, mas se arraigaba el mal, hasta que por fin se le internó dentro del cuerpo y se apoderó de los intestinos. Formósele allí un hervidero de gusanos, que exhalando un hedor insufrible, no solo inficionaba el palacio, sino todo el barrio de la ciudad de Sárdica, en donde estaba entonces el tirano. Lo que merece mas atencion en esta enfermedad es, que sin embargo de ser tan violenta, duró mas de un año sin que valiesen operaciones ni medicinas para curarle, ni aun para mitigarle los dolores. Los secretos que emplearon los sacerdotes idólatras solo sirvieron para atormentar mas al paciente, el cual, desesperado é ignorando á quién debia echar la culpa, mandaba como un insensato dar muerte á sus médicos, y esto motivó que pronto no se hallara quien quisiese aguantar la infeccion que exhalaba Galerio, ni quien se determinase á asistirle. Llegó á ponerse su cuerpo en un estado monstruoso: todo él era una llaga, su parte superior era totalmente un esqueleto cubierto de una piel seca y pegada á los huesos, y desde la llaga hasta la punta de los pies, que ya no parecian tales, se desprendian dos especies de odres estremadamente largas y tirantes.

Esto no obstante, hubo un médico que osó decir claramente al emperador que su enfermedad no era natural y que era absolutamente imposible curarla con remedios comunes. «Señor, le dijo, tened presente cuanto habeis hecho contra los adoradores de Dios, y buscad el remedio de vuestros males en lo que ha sido el origen de ellos.» Entonces el soberbio tirano, abatido como estaba por sus crueles dolores, reconoció que era mortal y que estaba sujeto á otra potestad infinitamente superior á la suya;

y á imitacion de Antíoco, exclamó que iba á ordenar que cesase la persecucion y á restablecer el culto del Dios verdadero. En efecto, mandó publicar un edicto prohibiendo atormentar á los cristianos, para que gozando de completa paz rogasen por su curacion y cabal restablecimiento. Con este testimonio forzado de su arrepentimiento pretendió todavia justificar sus violencias; y á este fin aseguraba que su intencion habia sido sacar á los cristianos de su ceguera, pero que no produciendo sus tentativas otro efecto que apartarlos del servicio de su Dios, sin poderlos inclinar á venerar los del imperio, habia resuelto permitirles ejercer libremente su Religion y volver á levantar los edificios donde se reunian. Tales sentimientos no eran muy á propósito para lograr un beneficio que no exigia menos que un milagro, y pasados pocos dias de la publicacion del edicto, en el año 311, exhaló el postrer aliento este falso penitente, teniendo podrido todo el cuerpo y cayéndosele á pedazos.

No dejó de aprovecharse del rescripto la iglesia de Oriente; pues la de Occidente ya disfrutaba de una paz casi general desde la catástrofe acaecida á Maximiano. Habia sido elegido Papa en el dia 19 de mayo del año 308, Marcelo, distinto de Marcellino, con quien se le ha confundido algunas veces por la semejanza del nombre. A principios del año 310 murió Marcelo, y le sucedió Eusebio, que no vivió mas que unos cuatro meses; entonces hubo una vacante de mas de nueve, sin que se sepa el motivo, y al cabo de este tiempo se eligió á Melquiades en 2 de julio del año 311, y ocupó la Silla dos años y medio.

Asi que supo Maximino la muerte del emperador Galerio, se puso en marcha queriendo apoderarse de toda el Asia hasta el estrecho de Calcedonia; pero Licinio, nombrado Augusto por muerte de Severo,